

Luis-Alberto Sánchez

Defensa de la memoria

(NOTAS SOBRE LA ENSEÑANZA)



UNQUE ha empezado ya el otoño, esplenden las calles de París bajo este dulce y tibio sol dominical. Ha sonado la hora del mediodía. Nos hallamos en la *rive gauche*, saliendo de la Plaza Marcellín Berthelot, donde alza la facha severa el Collège de France. Acabamos de visitar el adusto departamento del señor administrador del colegio, M. Marcel Bataillon. Como de costumbre, Bataillon, delicado y fino, nos instruye sobre cada cosa. Al salir del Collège preguntamos: “¿Dónde dictaba sus clases Ernesto Renán?” Estamos frente al seminario de estudios orientalistas. Bataillon nos aparta de él, y señalándonos unas piezas del frente, esto, a la derecha, entrando de la calle, nos dice: “Aquí es. Nada se ha movido. Esta es la salita de espera. Estotra, la pequeña sala donde disertaba Renán. ¿Por qué me lo pregunta usted?. Respondemos sin vacilar: “Porque recordamos una página de González-Prada, escrita al salir de aquí, titulada: “Escuchando a Renán”. Silenciosamente echamos una mirada. Llueven doradas hojas secas sobre nuestras espaldas cuando salimos a la placeta. Un grupo de chiquillos teje su ronda cantando. Nos echamos a caminar los tres: mi mujer, Bataillon y yo.

En el restaurante en que nos situamos para almorzar tenemos una vista espléndida. Cruzan extraños personajes, todos esos raros seres de la *rive gauche*, sobre todo del Bul-Mich y St. Germain des

Prés: estudiantes negros cogidos del brazo de muchachas rubias, y viceversa; marroquíes de traje talar y turbante enhiesto; indostanas de larga saya, cubiertas con pieles occidentales; mozos de barba de pirata y cabello a lo Julio César, penúltimos vestigios del estridentismo existencialista, que ya toca a muerto. Y chiquillos. Modestos padres y garridas madres con sus escuadrones domésticos. Al frente abre sus puertas el Jardín del Luxemburgo. Pensamos en Rubén, cuyas tardes solían transcurrir allí dando de comer a los cisnes, cuando los había. La tarde convida a la divagación. Hay un calorcito suave que embriaga y adormece. Bataillon, siempre tan espiritual, conduce la charla por entre recuerdos y proposiciones. De pronto surge una tenue remembranza, a propósito de un apunte pasajero:

—Cuando estaba en el campo de concentración —nos dice el maestro de *Erasmus en España*—, como no teníamos qué leer ni qué hacer, urdimos mil entretenimientos, a cual más singular. Uno de ellos fué que cada cual enseñara lo que sabía a los que nada sabían de eso. Yo fuí escogido por mis propios compañeros para enseñar castellano a un grupo de prisioneros eslavos. No tenía, repito, libros. Ningún método. Pero, de pronto, se me iluminó la memoria al recordar unos versos que me obligaban a recitar en el liceo, en mis clases de castellano. Versos del romancero, de poetas clásicos, de Antonio Machado, de García Lorca, de qué sé yo. Pero eran versos castellanos. Y empecé. Yo los recitaba, ellos los copiaban o retenían, y luego, a base de tal recitación hacíamos examen sintáctico, análisis lógico, explicación etimológica, anatomía semántica, y así, a verso de memoria, logramos entendernos en poco tiempo usando un idioma que, antes, ellos no conocían y que, en adelante, les serviría de mucho. A tal punto que años después, me encontré por azar con uno de aquellos compañeros de carcelería, un ruso, en una estación de no recuerdo dónde. El me saludó en castellano, recitándome unos versos de Machado, de aquellos que yo les enseñé de memoria durante las horas del campo de concentración. El método no es malo. No, la memoria traiciona, a veces, como todo, pero ayuda más...

Yo refiero mi experiencia. Fué cuando aprendí el francés y el

inglés, allá en mis días de niño, bajo la experta vigilancia de los Padres de los Sagrados Corazones, de Lima. Sin esfuerzo recito la fábula de La Fontaine *Les deux rats*. Empiezo: *Autre fois le rat de ville — invita le rat de champs — d'une façon fort civil — á des reliefs d'ortolans. — Sur un tapis de Turquie — le couvert se trouva mis: — je laisse á penser la vie — que firent les deux amis...* No he consultado texto alguno para registrar estos versos. Con la ayuda de Bataillon reconstruimos alguna estrofa de Víctor Hugo, y una de Malesherbes, y, claro, en ese domingo de otoño, la famosa *Chanson d'automne* de Verlaine. Y evoco *The evening bells*, de Moore, y las estancias de *The Princess*, de Tennyson, todo aprendido de memoria hace cuarenta y tantos años, y allí, grabado, resistiendo al tiempo, raigones de mi aprendizaje anglofrancés.

La conversación emprende entonces un ritmo muy natural: la eficacia de la memoria, esa gran desairada de la educación moderna. Anotamos que, aunque no se insistiera mucho en la geografía económica, nuestro conocimiento de geografía descriptiva supera con mucho al de los escolares de hoy, y a ello no fué ajeno el sistema de enseñarnos los países, las provincias, las ciudades “en sílabas cunctadas”, como diría Berceo, esto es, tratando de grabar, mediante la rima o el ritmo, los más abstrusos nombres en nuestras maleables memorias, dispuestas a absorber, como porosas esponjas, cuanta novedad se les pusiera al alcance. Y reseñamos, con pena, cómo a unos niñitos latinoamericanos, que se educaron en determinada ciudad de tendencia docente anglosajona, muy moderna, hoy tienen que enseñarles, en Madrid, las primeras letras, pues, de puro ceñirse a un adiestramiento “funcional”, han parado en no tener ninguno, o tan mínimo que pudiera confundirse con el cero.

Y, claro, comenzamos a generalizar...

* * *

La educación moderna, de tipo “funcional” y “de masas” está produciendo resultados muy discutibles. Si, como dice la Escritura,

“por tus frutos te conoceré”, la verdad es que este sistema pedagógico pudiera calificarse de ambicioso e insuficiente y sus productos están a menor nivel que los de ayer. Por cierto, como en todo, la enseñanza de ayer es a su turno deficitaria, más, a lo que parece, no por las causas y no por las vías que se la discute, sino todo lo contrario. Igual que en todas las actividades humanas, por reaccionar contra el verbalismo, se suprime el verbo, y por compensar las extremas memorizaciones se elimina de raíz toda contribución memorística. Se cae así en un simplismo estéril.

Mi experiencia como maestro de secundaria y universitario me permite afirmar, ya con énfasis, pues he visto pasar ante mis ojos varios centenares (si no millares) de jóvenes de diferente nacionalidad, todos ellos aquejados del mismo mal: el aprendizaje insuficiente, la nivelación implacable hacia abajo. Si de acuerdo con algunas exigencias “democráticas”, se mejora el “standard” general a costa de las “élites”, la verdad es que, prácticamente, se mejora dicho “standard” como dos, pero se desmejora a las “élites” como veinte, lo cual denuncia un peligroso desequilibrio. La educación de masas no tiene por qué detener el avance de los mejor dotados; ni el funcionalismo declarar la guerra a *todo ejercicio de memoria*.

Concentrémonos en dos actividades: idiomas y geografía.

Un idioma no es un aprendizaje de gramática, ni tampoco un mero ejercicio de traducción. Es, y mucho, un adiestramiento fonético, una reiteración melódica, una práctica de vista, oído, memoria y gusto, lo cual se consigue en parte con el aprendizaje de memoria y la repetición sagaz de trozos selectos de la literatura de la lengua aprendida. A mí, que nací en olor y sabor de castellano, mi profesor de lo mismo, que era un español, me enseñaba no solamente la gramática, no solamente a escribir en la pizarra, sino que me obligaba a aprender de memoria trozos escogidos en verso, primero, y algunos de prosa, bien fueran del siglo XVI, bien del XX, y sobre esa base hacíamos ejercicios de gramática, exámenes fonéticos, ensayos de redacción, observando el secreto del ritmo patente en los maestros.

Resulta admirable la forma cómo, por ejemplo, Churchill, en momentos dramáticos para su país, encuentra una frase clásica que sintetiza el momento: un verso, un fragmento en prosa, un aforismo. Es frecuente que los generales franceses recuerden, en momento preciso, una centelleante respuesta de un héroe de Corneille o de Racine, o una máxima de La Rochefoucauld. Y no hay italiano que no puede insertar en tal cual instante de la conversación, sea él dialogante militar o fraile, escritor o comerciante, un terceto del Dante, un pensamiento de Mazzini, un treno de Fóscolo, un ditirambo danuciano o, hace tiempo y allá lejos, una frase de Mussolini.

La memoria funciona escogiendo, no sólo repitiendo. Y escoge porque adecúa. Y adecúa, porque reflexiona y compara. Y compara porque tiene términos de paralelo a su alcance. Uno de esos términos es el acervo de trozos escogidos almacenados en la memoria. Que es como enderezar un saber viejo hacia un conocer nuevo, suerte de amalgama de tradición y descubrimiento, en nada reñido con cierto funcionalismo contemporáneo, cuyo pleito (su *feudo*, como dicen maltraduciendo los periodistas del sector de las Antillas) con la memoria no autoriza ningún hecho ni ninguna expectativa.

Para la educación de masas, la memoria no puede tampoco ser una proscrita.

La geografía estudiada desde el ángulo del interés inmediato, da como producto una visión del mundo ceñida a "uno solo" interés. Y aunque, en apariencia, gane en intensidad, en realidad, si gana en intensidad 4, pierde en extensión 15, lo que de nuevo presenta un desequilibrio inaceptable. Si pierde 15 debe ganar 15, no 4, o se pierde en línea general puntos de conocimiento.

La memorística del sistema magistral, feudal, fué excesiva. Fué unilateral... como el funcionalismo de ahora. Los profesores "dictaban" la clase (lo que aún he visto entre medios *funcionales* y *de masas*); el año escolar era el año "lectivo" porque la "lección" era "lectura". Más, de allí a repudiar absolutamente la memoria en su calidad de vehículo de captación y retención, media un abismo.

Idioma, matemáticas, geografía requieren de la memoria. Y no

hablo de la historia, porque parece tópico. La cronología sin memoria carece de uso. Ahora bien, en el odio a la memoria, se está llegando al peregrino sistema de enseñar la historia sin fechas... "para que no se indigeste el cerebro del alumno". Claro, que si se confunde la historia con la cronología, el riesgo es evidente. Pero, no se necesita caer en los extremos. Yo he encontrado jóvenes que, después de coronar su secundaria o *high school* dentro de los más depurados cánones "funcionalistas", no atinan —ni les importa, y eso es más grave— a situar el Renacimiento en el siglo XV o en el XVIII, y para quienes la Revolución Francesa puede haber acaecido poco después de las Cruzadas o al mismo tiempo que la Guerra de Cien Años.

Si se tratara de un caso aislado, podría objetárseme que bromeo o caricaturizo. Aseguro que se trata de casos cien veces repetidos en diferentes latitudes bajo el impacto de la "nueva educación".

* * *

La memoria es menos rígida de lo que piensan sus adversarios. Tiene una flexibilidad, una capacidad de retención y escondite, de deslumbramiento, que sorprende al más avisado. Si bien se debilita con los años, en realidad si se la administra sin recargarla en exceso y se la llama a capítulo con ciertos límites de higiene mental, se constituye en el más precioso elemento de captación y de cultura. Es cierto que, confiar sólo en ella conduce a graves errores (y soy reo de ello). Pero, peor es dejarla totalmente de lado como ya se promulga y pone en práctica.

Ahora recuerdo también mis primeras lecciones de alemán. Mi profesor, yo era entonces un adulto y hasta catedrático, echaba mano al sistema de los *gegentails* o antípodas, cuyo impacto sobre la memoria es indudable. Los *gegentails* son los opuestos. Se aprenden simultáneamente las palabras que sirven para designar ideas, cosas, sensaciones o recuerdos antagónicos; día-noche, blanco-negro, mu-

chos-pocos, uno-todos, claro-oscuro, cerca-lejos, grande-pequeño, enano-gigante, ancho-angosto, etc. Desde luego, es un sustituto del sistema memorístico.

También recuerdo un versito insustituible para aprender el uso del posesivo "su", tan equívoco en nuestro idioma, en el que faltan los tonos del *his, her, their, your*, ingleses, o *son, sa, leur*, etc., del francés. Ninguna regla fija el asunto como el pareado

*el que come huevo sin sal
se come a su madre si se la dan.*

Las sentencias y proverbios descansaban también en el empleo de la memoria.

No quiero seguir adelante, pues, dado el procedimiento actual, perezoso y deformante, de coger al antagonista por sus perfiles más acusados, olvidando los matices, alguien dirá que propugno el regreso a la enseñanza medieval, a base de nada más que memoria. Tremendo error: pero, puesto a oponer esto y aquello, si sólo hubiera en el mundo cabida para las antípodas, confieso que me sería arduo escoger, pensando sobre todo en la forma como entienden lo "funcional" pedagógico muchos maestros, y la demagogia docente que ha crecido en torno de la educación "de masas" y "de intereses colectivos".

* * *

No hemos discutido todas estas cosas con Marcel Bataillon. Fué un mero apunte que me creció por dentro, basado en nuestra común experiencia.

Había de mucho más que hablar. Y afuera el sol invitaba, con persuasiva reiteración, a estirar las piernas y los pensamientos. Además, nos esperaba una visita a la colina de Montmartre, vieja amiga

con cuya muchedumbre deseábamos reanudar un viejo coloquio. Bajo la doméstica cubierta del domingo, París, como todas las ciudades del mundo, era un vivero de pasiones menores, de chicos, de amas de casa, de perros, de viejos y hasta de hombres. "Municipal y espeso", oh manes de Darío...

París, octubre, 1955.